

El señor Couto, el jefe del cabildo eclesiástico Moreno y Jove, y otros próceres de su talla, marcaban la línea en que los liberales de gobierno y los conservadores se confundían en un mismo odio á la tiranía y á la anarquía. Era aquel grupo enteramente distinto del que había guiado el señor Alamán; éste era reaccionario á todo trance, el otro era propiamente conservador, tan necesario como el reformista en la marcha normal de las instituciones libres.

Santa Anna no hizo caso del proyecto; cuando, á mediados del 55, supo que los levantamientos comenzaban en el Estado de Veracruz y temió que la revolución le cortase la



D. Santiago Vidaurri

retirada, huyó de México, abandonó á sus ministros, que se escondieron, y lanzando un manifiesto en que ensalzaba su conducta y hacía llover toda serie de injurias sobre los autores de la *revolución infame* de Ayutla, se embarcó para el extranjero.

Todo un período de nuestra historia desaparecía con él, no sin dejar largos y sangrientos rastros, á manera de visos rojos de crepúsculo. La historia nacida de la militarización del país por la guerra de independencia y de la anarquía sin tregua á que nuestra educación nos condenaba, manifestaciones morbosas, pero fatales, de nuestra actividad personificadas en Santa Anna, iba á concluir; la tragedia perdía su protagonista. Lenta, pero resuelta y definitivamente, otro período histórico, otra generación, otra República iban á entrar en escena.

Pudo aquella situación caer en una sima más honda todavía; en México, á compás de furiosos tumultos populacheros, la guarnición se pronunciaba por el plan de Ayutla, su jefe convocaba una asamblea á su guisa, y ésta nombraba un presidente interino: los hombres de orden, amedrentados por el triunfo de los revolucionarios, y los héroes del día siguiente, peritos en el arte de escatimar en su provecho las consecuencias de las crisis políticas, pretendían de este modo, por un juego de cubiletes, convertir la revolución en una intriga; Haro y Tamariz lograba atraer el Estado de San Luis y la excelente tropa que allí había, y después á Doblado, en Guanajuato, hacia sus miras; Vidaurri campeaba por sus respetos; el ejército de S. A. S., derrotado sin ser vencido, estaba á punto de prolongar la resistencia con oficiales de hierro como Osollos, Márquez y Aljovín: todo lo calmó la gran voz hon-

rada de Comonfort; el ejército se sometió, el honorabilísimo general Carrera, presidente de la capital, dimitió; Haro y Doblado se pusieron de acuerdo con el iniciador de la rebelión de Ayutla, una asamblea se reunió en Cuernavaca y fué presidente interino el general Alvarez, el viejo soldado de Morelos y Guerrero, que á fuerza de astucia y de prestigio en las agrias serranías del Sur, había sabido crearse un vasto cacicazgo patriarcal que nadie se atrevía á tocar.

Alvarez, dejando á Comonfort todo lo concerniente al ejército como ministro de la Guerra y generalísimo, puso el gobierno en manos de los reformistas: Ocampo en Relaciones, Juárez en Justicia, Prieto en Hacienda. Comonfort quería conservar el ejército reformándolo, la masa del partido reformista quería suprimirlo y reemplazarlo por la guardia nacional; el ministro de la Guerra sostuvo sus propósitos y logró neutralizar las resistencias, y por eso el ejército, que había llegado al apogeo de su preponderancia con la dictadura, veía con profunda hostilidad á los reformistas y consideraba á Comonfort como su arca de salvación. Los reformistas emprendieron su obra por grados, pero con entereza y decisión: se suprimieron los fueros eclesiásticos en materia civil y se excluyó del voto electoral á los clérigos. Los obispos protestaron; era tarde: ellos mismos habían creado su situación; no sólo habían resis-



D. Manuel Doblado

tido siempre á las tentativas reformistas, desde que este partido definió su programa con Zavala, Gómez Farías y el Dr. Mora, en lo que estaban en su perfecto derecho, sino que, para combatir las tímidas empresas reformistas de los moderados, se afiliaron ostensiblemente en un bando político y tomaron parte con su influjo social, con las armas eclesiásticas y con el dinero en la lucha. Durante la dictadura, á la que los hombres pensadores del clero no eran afechos, los más intrépidos entre los jefes de la Iglesia habían hecho lo posible para recuperar la supremacía de los tiempos coloniales, y esto era la negación misma del progreso intelectual, inconcebible sin la libertad de creer y pensar; las libertades que la civilización ha ido haciendo necesarias, y que son los ideales en perenne realización de la humanidad selecta, sin lo que se llama la libertad de conciencia no se explican, como no se explica el sistema planetario sin el sol.

No había, pues, remedio, la batalla iba á empeñarse; los contra-revolucionarios iban á hacer el último esfuerzo en la lucha civil; ostensiblemente se preparaban á ella. ¡Ah!, ¡si pudieran complicar en su empeño á alguna gran nación latina! ¡España, una esperanza; Francia, un ensueño!...

Comonfort era un hombre de intención recta y de gran corazón; él sintió venir el mar de sangre y se propuso evitar á su patria esta desgracia inmensa: no defraudar la revolución, no provocar la guerra civil, éste fué todo su propósito. Con él, aceptó del general Alvarez la presidencia de la República en Diciembre de 1855.

El primer capítulo de la crisis, cuyo prefacio fué el levantamiento de Ayutla y cuyos antecedentes corrían mezclados á toda nuestra historia, fué terrible, fué la presidencia de Comonfort. Todo era grave; en el Exterior, es decir, en Europa (porque los Estados Unidos medían mejor nuestro esfuerzo y nos respetaban un poco más), Inglaterra, á quien más le debíamos, á quien menos le pagábamos, por ende, porque nuestros recursos apenas bastaban para el pan cotidiano, es decir, para impedir ó combatir el motín, para medio pagar al ejército fiel y pagar, cuando se podía, á los empleados; Inglaterra nos veía con desdén, de vez en cuando mostraba los dientes y, sin cuidarse de la justicia, presentaba alguna exigencia que teníamos que obedecer; Francia, con cierta suavidad y cierta simpatía, y cierta incurable ineptitud de observación clara en sus enviados diplomáticos, y un gran tono protector, parecía buscar algo aquí ó esperar algo; España, maternalmente, pretendía reducirnos á su dependencia diplomática, y aunque sus plenipotenciarios en México, pronto ligados con nuestra sociedad, solían ser deferentes por extremo, el gobierno era imperioso, protector y duro en sus exigencias, para hacer cumplir convenciones más ó menos injustas, ó castigar crímenes cometidos contra españoles con procedimientos excepcionales. Así quedaba consolidada la tutela diplomática absoluta, coonestada por el estado de perpetua anarquía en que vivíamos. Teníamos tres botas no sobre el cuello, pero sí sobre el vientre. El Interior estaba en perpetua efervescencia; desde que el programa reformista comenzó á desarrollarse, no hubo un día sin un pronunciamiento, sin una sedición, un motín, una revuelta en algún punto de la República; era un perpetuo movimiento trepidatorio; parecía que debajo había una erupción en preparación creciente; la situación política ocultaba un cráter. Al subir Comonfort á la presidencia, la obra de pacificación era por tal modo complicada y difícil que se necesitaba una especie de heroísmo para acometer la empresa. Doblado y Uruga mantenían el Bajío en rebelión; Lozada, un cacique á sueldo de contrabandistas de alto vuelo, dominaba la región del Nayarit; Tepic y San Blas estaban destinados á ser sus tributarios, y Vidaurri continuaba señoreado de un gran sector de nuestra frontera. Doblado se sometió, Uruga fué sometido; andando el tiempo, Vidaurri se vió obligado á transigir con el gobierno y á ponerse á sus órdenes; pasaba por ser la espada del partido exaltado.

Pero en donde el ejército, amenazado en sus privilegios, logró constituir un peligroso centro de acción fué en Puebla; en torno de un cura belicoso se formó el primer núcleo en Zacapoaxtla; todos los oficiales santanistas se dieron allí cita; allí se presentó fugitivo D. Antonio Haro, especie de candidato á la presidencia de los conservadores; las fuerzas que mandó el gobierno se pasaron; el mejor general de que podía disponer, Del Castillo,

traicionando á Comonfort, se unió con todas sus fuerzas á los pronunciados, que ya así pudieron apoderarse de Puebla. Allí permanecieron, esperando que se les reuniese el resto del viejo ejército, aquel que empezó por ser el *trigarante*, del ejército privilegiado, que se había ido, por decirlo así, engendrando á sí mismo, el que al través de todos los pronunciamientos y revueltas había venido del 21 al 47, en donde se extinguió su primera generación, comenzando la nueva, la que había de concluir en 69, dejando en pie al ejército nacional. Pero esperaron en vano. El Constituyente, reunido ya, daba alma legal á aquella situación hasta entonces revolucionaria, y al llamamiento de Comonfort se improvisaron recursos y brotaron legiones cívicas.

Con el brillante núcleo permanente que consistía, sobre todo, en la brigada Zuloaga, personalmente fiel á Comonfort, la guardia nacional adquirió consistencia y se batió perfectamente. Contra los cuatro mil hombres escasos de la reacción, el presidente envió como quince mil, que los obligaron, después de la sangrienta jornada de Ocotlán, á encerrarse en Puebla, donde al cabo de un severo sitio todos se rindieron y fueron castigados con una especie de degradación militar: humillación que no los inutilizaba, y sí los disponía á venganzas implacables.

Por más que Comonfort tuviese un programa eminentemente conciliador y se nutriese con la esperanza de ir haciendo tragar lentamente *la reforma* al

país, los reactores hacían imposible su tarea. En honor de la verdad, el clero secular (el regular simpatizaba con la lucha civil, con excepciones marcadas) guardaba bien las apariencias, y los obispos procuraban cuidadosamente no dar pábulo ni á las protestas armadas ni á la guerra. Entre ellos se distinguía por sus bellas cualidades personales, por su talento y su *saber vivir*, el obispo de Puebla, cuya diócesi era el centro de todos los conatos de rebelión. Cuando los soldados, llevando la bandera de la guerra de religión (religión y fueros), se apoderaron de Puebla, el obispo se declaró neutral y cedió á sus exigencias, dándoles recursos, porque eran *el hecho* organizado en forma de gobierno militar; hombre de temperamento ardiente y batallador, pero de alta sindéresis, el señor Labastida comprendió que vincular la suerte de la Iglesia, más que nunca amagada por los planes reformistas, al éxito de una asonada militar era insensato, y que la verdadera conveniencia



D. Luis Osollos